GRANEROS CADA VEZ MAS GRANDES

Hay situaciones críticas en la actualidad, aparentemente muy diferentes, bajo las cuales subyacen semejanzas. Una de ellas es la guerra de Gaza, donde hoy, niños y niñas, están muriendo de hambre, porque en medio de la violencia de la invasión, la desnutrición severa avanza más rápido que la ayuda humanitaria. También la situación mundial de la corrupción que es muy grave y, en muchos casos, sigue empeorando.

El Índice de Percepción de la Corrupción (IPC) de 2024, publicado por Transparencia Internacional, en un estudio en 180 países, muestra a más de dos tercios de los países evaluados con puntuaciones por debajo del punto medio. También la conflictiva relación entre trabajo y vida familiar, especialmente para las mujeres, y el consecuente deterioro de las relaciones, del cuidado de los hijos y del desarrollo de la comunidad familiar. Independiente de variables sociales, económicas, políticas, culturales y otras que influyen en los hechos señalado, la codicia está detrás de todos ellos. La codicia, un mal que tiene consecuencia personales y sociales devastadoras, es el tema del evangelio de este domingo.

A quienes lo escuchaban, Jesús les contó una historia: «Las tierras de un hombre rico produjeron una gran cosecha. Y empezó a echar cálculos, diciéndose: ¿Qué haré? No tengo donde almacenar la cosecha. Y se dijo: derribaré los graneros y construiré otros más grandes, y almacenaré allí todo el trigo y mis bienes. Y entonces me diré a mí mismo: alma mía, tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, banquetea alegremente». Además de contar esta historia, explícitamente comentó: “Guárdense de todo tipo de codicia”.

Además de su relación con la justicia, la solidaridad, la comunidad fraterna, a Jesús le interesaba poner el acento en la codicia como trastorno espiritual. A lo largo de todo el evangelio, vemos a Jesús manifestar una profunda desconfianza y sospecha sobre la riqueza. Para entender esta sospecha hay que comprender el valor de la pobreza, como la entendió Jesús. Un anuncio central del evangelio, respecto a la redención, no es en primer lugar “hay que ayudar a los demás”. Es “hay que ser pobre”.

El tema de la austeridad, de tener solo lo necesario, en la dosis justa, está en el corazón del evangelio, porque la riqueza no es solo un problema material, económico o social. La riqueza es también un tema espiritual, dado que poseer bienes en abundancia es el modo más peligroso de engañarnos, creyendo que la sed de infinito, el deseo de bien, la necesidad de verdad, de significado y sentido de vida, que son necesidades espirituales, se pueden compensar mediante la acumulación de riqueza. Ese es el tema central del encuentro con el joven rico y de la parábola sobre el pobre Lázaro y el rico Epulón.

Kalil Gibran también nos habló de esto: “Y ¿qué es el temor a la necesidad sino la necesidad misma? Cuando el pozo está lleno, ¿no es realmente el miedo a la sed una sed insaciable? Algunos dan un poco de lo mucho que tienen, y lo dan buscando el agradecimiento: ese deseo oculto convierte sus dádivas en algo sin valor. Algunos tienen poco, y lo dan todo. Éstos son los que creen en la vida y en la generosidad de la vida: su cofre nunca está vacío”.

En estos tiempos de crisis, en que se agudiza nuestra indigencia existencial, estamos invitados e invitadas por Jesús a derribar y construir graneros celestes más amplios. La indigencia del ser humano solo se supera con una total confianza en la vida, en el Dios de la Vida. Ese es el verdadero sentido de una pobreza que redime: nos pone a salvo de la codicia y del miedo a vivir. ¡Amén!

Ana María Díaz, Ñuñoa, 03 de agosto 2025